

Vacas flacas

Teresa
Broseta

Dibujos de
Lorena
Soriano



Capítulo 1

Mi vida se puso patas arriba cuando llegaron las vacas flacas. Y, la verdad, me pilló completamente por sorpresa. Eso me pasa por no prestar atención a lo que me dicen... Siempre que las vacas flacas salían a relucir en la conversación, yo desconectaba a la velocidad de la luz. Nosotros no éramos granjeros, a fin de cuentas, y no me parecía que tuviéramos que preocuparnos gran cosa porque las vacas estuvieran gordas o flacas. Mientras siguieran dándonos filetes y hamburguesas...

Así que aquel día, cuando llegué del colegio, me llevé una sorpresa morrocotuda. Tal como

entré en casa, mientras soltaba la mochila en el recibidor y me frotaba los riñones doloridos, mi madre salió a mi encuentro. Eso no tenía nada de raro. Lo raro era que venía con los ojos hinchados y rojos, como de haber llorado un mar entero de lágrimas... Me abrazó como si volviera de un viaje larguísimo y sollozó:

—¡Han llegado, Andrés! ¡Ya están aquí las vacas flacas!

Mi primera reacción fue mirar por encima de su hombro, como si esperara ver a su espalda un rebaño entero de vacas esqueléticas. Pero detrás de mi madre solo estaba la pesada de mi hermana Clara, como siempre, colgada de sus piernas y babeando como una fuente. Y, desde luego, ni con la mejor voluntad podía decirse que estuviera flaca, con aquellos michelines que se le desbordaban por debajo de la camiseta y por encima del pantalón... ¡Estaba claro que algo estaba muy oscuro!

Como no sabía qué decir, y como no me gusta ni un pelo que mi madre tenga los ojos como dos tomates de ensalada, la abracé con todas mis fuerzas para que se sintiera mejor. Pero mis brazos tampoco debían de tener su mejor día, porque se echó a llorar como llora mi hermana cuan-

do tiene hambre, o cuando tiene sueño, o cuando tiene... ¡Bueno, como llora mi hermana, que parece que no sabe hacer otra cosa!

Me asusté una barbaridad, porque en mis diez años de vida nunca la había visto llorar de aquella manera. Con los ojos húmedos la había visto muchas veces, eso sí, porque mi madre es de las que se emocionan con cualquier cosa: un libro, una peli... ¡Hasta con las monerías de Clara, que ya son ganas de emocionarse! Pero así, a moco tendido, con los hombros brincándole como si fuera a caballo, no la había visto llorar nunca. Mi hermana, con su lengua de trapo, me explicó a su manera que aquello no era exactamente una novedad para ella:

—*Otda vess...*

¿Otra vez? ¿Es que llevaba todo el día llorando, o qué? Cuando me había ido al colegio por la mañana la había dejado de lo más normal... ¿Qué podía haber pasado en tan pocas horas? Mientras buscaba desesperadamente qué decirle para que dejara de llorar, apareció de repente mi padre por el fondo del pasillo. ¿Mi padre en casa a las cinco y media de la tarde? Aquello sí que era una novedad de las gordas...

—¡No llores más, Carmen, que asustas a los niños!

Me asustaba a mí, en todo caso, porque mi hermana estaba más fresca que una lechuga. Claro, como ella se pasa la vida llorando por cualquier cosa, aquello no le parecía nada extraordinario. ¡Bienvenida al club de las lloronas, mamá!

Mi padre solamente consiguió que mi madre cambiara mi cuello por el suyo y siguiera llorando con toda el alma. Asomándose por encima de aquella cabeza despeinada que no paraba de agitarse, me dirigió algo parecido a una sonrisa:

—¿Qué tal, hijo?

¿Qué tal? ¡Estupendamente, hombre! ¡Mejor que nunca! Si es de lo más normal llegar a casa y encontrarme un espectáculo como este... Me pareció que había llegado el momento de decidir entre aclarar las cosas o volverme loco de remate.

—¿Qué pasa con las vacas, papá?

—¿Con las vacas? —Por un momento, me miró como si yo fuera el extraterrestre en aquella historia, pero cayó en la cuenta enseguida y suspiró—. Ah, las vacas flacas...

—Eso. ¿Qué pasa?

—¿Vamos al comedor y hablamos tranquilamente?

Eso de la tranquilidad lo veía difícil, pero tampoco parecía que las cosas fueran a mejorar por el hecho de quedarnos plantados en el recibidor, como espantapájaros. Por lo menos, podíamos ponernos un poco más cómodos y llorar más a gusto...

Así que nos fuimos al comedor, mi madre colgada del cuello de mi padre y mi hermana colgada de mi pierna, como si estuviera en la feria. Como me parecía que aquello iba para largo, y como el estómago no dejaba de hacerme ruidos que a Clara le parecían de lo más graciosos, me desvié un momento a la cocina y arramblé con un paquete de galletas por estrenar. Sin soltarse de mi pierna, Clara celebró ruidosamente mi idea. Las vacas podían estar tan flacas como quisieran, pero nosotros no pensábamos ponernos a su altura...

En el comedor, entre gimoteos de mi madre y risotadas de mi hermana, que no se enteraba de nada y disfrutaba duchándose con migas de galleta, me aclararon poco a poco de qué iba la cosa. ¡Y cuando digo poco a poco, quiero decir poco a poco de verdad! De repente, era como si se les

hubiera olvidado el idioma que llevaban hablando toda la vida. Los pobres tartamudeaban, boqueaban y luchaban a brazo partido para encontrar la palabra justa, pero al final me hice una idea de qué iba la cosa. Y no molaba nada. Nada de nada.

No me eché a llorar porque de ninguna manera quiero ser miembro del club de Clara, pero los ojos me escocían como si se me hubieran llenado de pimienta y sentía una bola de esparto en la garganta. Ya no me apetecían las galletas y empezaba a entender por qué mis padres tenían tantos problemas para explicarse. ¡Es que es muy difícil hablar con normalidad cuando tienes una bola de esparto en la garganta!

—¿Cómo no vas a tener trabajo? —pregunté en cuanto entendí lo que trataban de decirme—. Si eres el mejor albañil del mundo...

Me revolvió cariñosamente el pelo y suspiró:

—Es la crisis, Andrés. ¡La maldita crisis! Como ya nadie construye nada, dime tú qué falta les hace un albañil, aunque sea el mejor del mundo...

Mi madre volvió a llorar.

—¡Ahora que Antonio ha cerrado el bar!

Es que mi madre, antes de que naciera Clara, trabajaba en el bar de Antonio. ¡Y no le gustaba

nada! Cómo iba a gustarle, si volvía todos los días con los pies hinchados como botas y con un olor a fritanga que no se le quitaba por más que se duchara con gel de rosas... Por eso, porque estaba harta, le pareció que quedarse en casa a cuidar de la mocosa de Clara sería un paseo en barca.

—¡Esto es vida! —decía, con una sonrisa de oreja a oreja, a todo el que quería oírla. ¡Y a quien no quería, también, que buena es ella!— Y no tengo ninguna prisa en volver, ¿eh? Mientras las cosas le vayan bien a Manolo...

Y a Manolo, mi padre, las cosas le habían ido muy bien durante algún tiempo. ¡Por algo era un albañil de primera! Pero ahora, con las dichosas vacas flacas, el bar de Antonio hubiera sido una solución estupenda. Lástima que el hombre se hubiera jubilado...

Como mi madre volvía a gimotear, intenté ponerle un poco de optimismo al asunto:

—Pero tendrá remedio, ¿no? Vosotros os las arregláis siempre...

—Tendrá remedio —me aseguró mi padre—, pero la cosa va para largo. Y el problema es que los bancos no tienen ninguna paciencia.

—¿Y qué nos importan los bancos? —dije, des-
preocupado, y recibí a cambio otro chorro de
lágrimas de mi madre.

Al parecer, nos importaban. ¡Y tanto que nos
importaban! Por culpa de una cosa que se llama
hipoteca y que no tiene ninguna gracia. Resulta
que el banco te presta dinero para comprarte una
casa, pero después tienes que pagarles un dineral
todos los meses, sin faltar uno. Y si no se lo pagas,
te echan a la calle y se quedan tan tranquilos.
Y sin trabajo no hay dinero, y sin dinero no se
paga la hipoteca, y...

—¿Quieres decir que nos echan a la calle?

Ahora sí que me había asustado. Si el banco
te echa de tu casa, ¿dónde vives? Debajo de un
puente, si tenía que fiarme de lo que sabía...
Pero resulta que en esta ciudad no hay ni río ni
puentes, así que la cosa estaba cruda.

—No nos echan, hijo, nos vamos nosotros
—dijo mi padre con mucha dignidad.

—¡Pero no tenemos puentes!

La frase, que se me escapó, tuvo el efecto
mágico de hacer que mis padres se echaran a reír.

—No necesitamos puentes, Andrés —a mi
madre le temblaban los hombros como antes,



pero esta vez era de risa, menos mal—. Por suerte, tenemos familia. Iremos a vivir con Mamelé.

Tardé unos segundos en procesar la información, solo unos segundos, y después me puse a dar saltos de alegría. ¡Qué susto me habían dado para nada!

—¿Así que te gusta la idea? —sonrió mi padre.

Agité la cabeza con entusiasmo hasta que me pareció que se me iba a desprender del cuello, mientras Clara aplaudía con todas sus fuerzas y esparcía a su alrededor otra lluvia de migas de galleta. Los dos adoramos a Mamelé, que, a pesar de ese nombre que suena africano, no es otra que la abuela Elena, la madre de mi madre. Tendrá más o menos mil años, a juzgar por el pelo blanquísimo y los cientos de arrugas que le cruzan la cara, pero ella se siente como si tuviera veinte en el peor de los casos. Y como no puedes llamar abuela a una mujer de veinte años, por mucho que seas su nieto, todos los primos empezamos a llamarla «mamá Elena». Pero era un poco largo, y, además, como todos teníamos nuestra propia madre, los pequeños se liaban un poco. Así que a todos nos pareció estupendo cuando mi prima Mar decidió abreviarlo en Mamelé...

Mamelé vive en una casa enorme, a unas pocas calles de aquí. Es una casa con muy pocas paredes y con muchos animales, y donde siempre son bien recibidas visitas. Seguro que Mamelé se alegraba de la nuestra, aunque fuera un poco más larga de lo normal. Le guiñé un ojo a Clara, que intentó imitar mi gesto sin éxito y acabó tapándose un ojo con la mano para no ser menos que yo.

¡Vivir con Mamelé iba a ser una fiesta!